

y en cuanto el noble animal ha desenterrado algunas trufas hozando con el hocico en la tierra, le tira de las orejas para hacerle soltar su presa y apoderarse de ella.

Hoy se hace exactamente lo mismo ni mas ni menos que en los tiempos de Plinio. Nos equivocamos; en el tiempo de Plinio se tiraba al cerdo de la oreja, hoy se le administra un latigazo ó un palo en la nuca. Que nos vengan diciendo luego que no hemos hecho progresos.

En algunos países de Italia é Inglaterra, hay perros adiestrados para buscar las trufas, y estos son animales preciosos que cuestan muchísimo dinero y se venden muy caros.

La trufa tiene su principal mérito en lo rara que es, por consiguiente el ser una comida aristocrática. Mucho se ha

celebrado su perfume; pero la rosa que es tan comun y vulgar, está reputada por la reina de las flores, empero no tiene el precio que tendría si fuese mas rara.

Se ha procurado investigar quién ha sido el grande hombre que descubrió la trufa; ningun biógrafo lo dice, nadie lo sabe; empero es mas que probable que este grande hombre no fuese ni un Cristóbal Colon, ni un Gutenberg, ni un Galileo, ni un Fulton, sino sencillamente un cerdo.

¡Qué festines ha debido tener ese afortunado cuadrúpedo á las barbas del naturalista y del gastrónomo sin que ellos se apercibieran la menor cosa del mundo! Es grande el comercio de las trufas; la Francia esporta doscientos veinte mil kilogramos de trufas á la Inglaterra, á la España, á la Turquía, á la Suecia, á la Rusia y á la América. Solamente



El festin de la trufa.

de la casa de Chobet de París, salen de sus cocinas cada invierno mas de seiscientos pavos trufados. La trufa figura en todas las mesas de los grandes y de los diplomáticos.

Se le ha atribuido justamente á la trufa por eso una grande influencia diplomática y política. La mayor parte de los destinos del mundo se deciden despues de banquetes y comidas en que las trufas representan el principal papel.

## DE LA NOBLEZA

### Y LAS SUBLIMES DOTES DEL BELLO SEXO.

(Continuacion.)

Cumpliendo con nuestras promesas, segun dejamos consignado en el artículo anterior, vamos á hablar ahora de  
SEGUNDA SERIE.—1864.

las mujeres ilustres que han dado grandeza y brillo á la real diadema.

La célebre Margarita de Waldemar en el siglo XIV de nuestra era, reunió bajo su mando la Dinamarca, la Suecia y la Noruega; gobernó con mucha sagacidad política sus reinos, y ha merecido ser llamada por su valor y grandeza la Semíramis del Norte. ¿Quién ignora que la España debió su antiguo esplendor y sus asombrosos descubrimientos en el otro hemisferio á Isabel la Católica, que bajó á la tumba cubierta de inmarcesibles laureles por haber contribuido sobremedera á la toma de Granada y á la espulsion de los moros? ¡Cuánta diferencia medió entre la política vacilante de su esposo Fernando, y la política resuelta, generosa y magnánima de Isabel, que supo hermanar todas las virtudes de una gran reina con las dotes mas brillantes de la modestia y de un espíritu de piedad y religion que sirvió de noble ejemplo á sus contemporáneos, como nos lo atestigua la historia!

AÑO XXII. 5



Nosotros estamos muy lejos de disculpar los vicios que afean el alma, y son testimonios de un corazón corrompido; pero, á pesar de esto, nos vemos precisados á decir que Isabel de Inglaterra, aunque manchada de algunos vicios, se manifestó grande como reina, y colocó á los ingleses en un puesto muy distinguido, echando los cimientos de una de las primeras monarquías de la Europa moderna. El inmortal Sixto V, uno de los papas que han honrado más la tiara, mientras escomulgaba á Isabel por haberse separado del seno del catolicismo, se veía obligado á repetir con frecuencia admirando su arte de gobernar: *¡Gran cabeza de princesa!* Cristina de Suecia merece ocupar un puesto preferente en estas columnas, no solo por haber renunciado á los errores impíos de Lutero y haber bajado voluntariamente del trono, prefiriendo la tranquilidad de la vida doméstica á las pompas soberanas, sino también por su sólida instrucción en las letras, por su amor á las bellas artes, y por haber sabido apreciar el mérito eminente de Descartes, cuya fama como filósofo se ha perpetuado en el mundo. ¿Quién ignora que Margarita, esposa del gran rey de Francia San Luis, se distinguió por sus escelsas virtudes; que ejerció mucha influencia en todos los negocios públicos; que acompañó al monarca, su esposo, en la célebre expedición á la Tierra Santa; que manifestó un carácter varonil y un valor asombroso cuando Luis cayó prisionero; que fué la que impulsó á los cruzados á pelear y resistir en Damieta contra los infieles, y que disuadió á su esposo de abdicar el trono? Esta reina, cuya grandeza de alma y bellas dotes, están depositadas en los anales de la historia, después de haber muerto San Luis se retiró al claustro para dar complemento á su vida ejemplar y virtuosa.

Las mujeres han influido en el gobierno de los grandes imperios, aun cuando el mundo y la barbarie las han condenado á quedar sepultadas en el recinto de edificios impúdicos, que ofrecen á la vista del filósofo y del cristiano el espectáculo miserable de una pomposa esclavitud, como nos da un vivo testimonio de ello Roxelana, que fué esposa de Soliman el Magnífico, émulo y rival de Carlos V en las glorias y empresas militares. Esta mujer influyó en muchas de las guerras y conquistas emprendidas por Soliman, y en la suerte del imperio otomano en aquella época; y Roxelana dominó el corazón de aquel gran emperador hasta el punto de que le indujo á enlazarse con ella, aunque leyes inveteradas prohibían á los Sultanes contraer matrimonios formales.

Pero si dirigimos nuestras miradas á la edad media y á los siglos de la más lastimosa barbarie, ¿no se nos presentan las mujeres como campeones de una civilización nueva, y como regeneradoras de la sociedad moderna? Las justas, los torneos, las memorias confusas y fantásticas de la antigua caballería, ¿no dieron el primero y más poderoso impulso á una sociedad nueva, poniendo en juego aquella galantería, aquella delicadeza de afectos, aquel entusiasmo hacía el bello sexo, que comenzaron á hermanar los corazones y á formar la familia europea en las concurrencias solemnes y pomposas, destinadas á celebrar la hermosura y las dotes espléndidas que acompañan á las mujeres? Nosotros leemos hoy con descuido y únicamente por vía de curiosidad, las leyendas y novelas antiguas, en las que figuran los caballeros andantes y sus amores, que tenían un tinte místico y casi divino, porque se contentaban con declararse protec-

tores y adalides de las mujeres, sin aspirar á las recompensas indignas de los verdaderos héroes; pero el filósofo descubre en estas leyendas y novelas el fondo de una gran civilización, porque en donde hay pureza de afectos brotan virtudes celestiales, grandeza y amor de patria.

#### Cesaria

Sin ellas la policía,  
Las galas y los arreos,  
Y las justas y torneos  
Supérflua cosa sería:  
Los primores,  
Que nacen de los amores,  
Perderían su sabor,  
Despojándose el amor  
De sus honestos ardores,  
Y sus llamas.

Hay hombres que miran al mundo por el lado de sus miserias, y no para poner un correctivo á los vicios; no por el deseo de ver introducidas reformas útiles, sino para gozar en la depravación de la humana estirpe; no para señalar á sus semejantes el verdadero camino de la virtud, sino para reírse con la hiel del sarcasmo cuando les ven al borde del precipicio. Estos hombres interpretan siempre en sentido siniestro todas las acciones humanas, y las consideran con maligna y repugnante superficialidad bajo el punto de vista más oscuro. Estos hombres infaman y calumnian á las mujeres, y nos repiten que ha reinado siempre en el mundo la perversidad y una gran disolución de costumbres, promovida principalmente por el bello sexo. Estos hombres nos pintan con el atavío de la sátira y del ridículo la edad media; se ríen de aquellos héroes que consagraban sus votos y el valor de su brazo á las mujeres, y creen que la edad media fué la época clásica de los más ridículos desvaríos del entendimiento humano, en que se divinizó á las damas de un modo fantástico, como nos lo demuestran á su entender las leyendas y las novelas en que están consignadas las memorias de una época tan memorable. Pero los verdaderos sabios desmienten estos asertos aventurados, y la más clara y brillante prueba de su falsedad nos la ofrecen los estudios profundos de los doctos y eruditos más eminentes de la Europa moderna sobre la edad media, proponiéndose como fin rasgar el velo misterioso que la envuelve todavía en alguna oscuridad, y manifestar la mucha influencia que ha ejercido el bello sexo en todas las épocas, y principalmente en la edad media. Los que se proponen sostener lo contrario, que dirijan sus miradas á la sociedad raquítea del Oriente: allí verán á las mujeres envilecidas y colocadas al nivel de los brutos, pero verán también á los hombres rudos y revestidos de cierta ferocidad; verán á las mujeres consideradas como instrumentos de un brutal capricho, pero verán también á hombres que no tienen lazos de familia; verán á mujeres que procrean hijos, pero no verán el triunfo de la maternidad; verán por do quiera serrallos, pero no verán hogares domésticos; y la entera sociedad del Oriente parece cubierta de un manto fúnebre y de una tristeza profunda en que reflejan los rayos del astro alumbrador como sobre un cuerpo opaco. Si por el contrario fijamos nuestras miradas en la Europa, tomando por punto de partida la edad media, veremos á todo el cuerpo social que va adquiriendo cada vez más fuerza y lozanía; veremos á una sociedad nueva, que se establece sobre las bases sólidas



de la paternidad; veremos á las mujeres que son compañeras y no esclavas de sus esposos; veremos á nuevos seres que alegran los hogares domésticos y rodean con afecto y ternura á los autores de sus días; veremos á los dos sexos colocados en un mismo nivel y á la civilización que medra y triunfa.

Pero las mujeres, que han dado formas elegantes á la sociedad europea; que nos inspiran afectos delicados; que alegran el seno de las familias, y que han contribuido sobremanera á la civilización moderna, han dado márgen también á las concepciones mas tiernas y sublimes de los vates de todas las épocas, y con especialidad á las imágenes nuevas y peregrinas de los vates de la edad media, que, prodigando en versos armoniosos loores al bello sexo en las justas y en los torneos, inauguraron la época de la poesía provenzal, enriqueciéndola de aquella viveza de colores y metáforas encantadoras, que han dado origen, brillo y realce á la poesía de nuestras lenguas modernas, y á aquel tinte de pureza de afectos que se revela en los versos tiernos del poeta italiano Francisco Petrarca, que entretejió coronas de mirto y rosas á Laura. La poesía, que eleva la mente á regiones desconocidas, dando alas á nuestra fantasía, tiene en sí misma una fuerza civilizadora y algo de celestial que embellece á la humana naturaleza, como nos lo evidencia la tradición histórico-fabulosa de todas las naciones, cuyos dioses y primeros legisladores han hablado en lenguaje poético para que los hombres aprendiesen con mayor facilidad los preceptos de la moral y de la religion, hermoseándolos con imágenes halagüenas y la dulzura tan propia de los metros poéticos. Si debemos, pues, al bello sexo tan delicadas inspiraciones, ¿no es cierto que le debemos también los principios de la civilización y del progreso de nuestra sociedad? Sabemos muy bien que la poesía se ha separado con frecuencia del camino de la virtud; que ha servido de instrumento á la lascivia y á la disolución de las costumbres; que ha revestido de imágenes seductoras el vicio, y que ha derramado también la hiel y la ironía sobre verdades augustas y santas; ¿pero de qué no se ha abusado en este mundo de corrupciones y amarguras? La perversidad de los hombres ¿no ha derramado la fiera ponzoña en las fuentes mas puras, que reflejan con gala los rayos del astro alumbreador? Los abusos, pues, nada prueban, ni oscurecen la verdad á los ojos del sabio, que contempla la esencia y naturaleza de las cosas para fallar sobre su bondad ó índole perversa.

Pero la poesía vulgar, hija primogénita de la provenzal, que celebró las valerosas hazañas de los héroes de la edad media, y las novelas caballerescas, que nos pintan á aquellos ilustres campeones, dotados de virtudes escelsas, y prontos á sacrificarlo todo en defensa del honor del bello sexo, dedicándole sus votos mas puros ¿no echaron los cimientos de la moral y de la justicia, aunque los revistieron de un ropel fantástico, que hoy provoca la risa de los hombres superficiales, porque lo miran todo al través de un falso prisma, que da colores ridiculos á los hechos heroicos, á las costumbres y á las creencias religiosas que se separan de nuestra civilización? Es de notar, sin embargo, que esos campeones que divinizaron al bello sexo, que sus hazañas, desfiguradas por tradiciones fantásticas y fabulosas, y que las poesías delicadas en loor de la hermosura y virtudes de las mujeres, contribuyeron á dar alas á una filosofía social y

á las verdades evangélicas, revelando prácticamente á los ojos del mundo que la sola emancipación de la mujer podía reanimar una sociedad nueva, cuyos gérmenes fermentaban en el seno de la oscuridad en que se vió envuelta toda la Europa después de la caída del imperio romano.

El bello sexo, pues, fué el primero que desgarró el denso velo de la barbarie: su poderosa influencia en las costumbres, en la moral y en las creencias religiosas, durante el largo período de la edad media, inauguró la civilización moderna: ¿no fué el amor mas puro y delicado que inspiró á la musa patética y suave de los mejores poetas, como lo hemos apuntado ya? ¿no fué el amor que inflamó el genio de Dante, y que le sirvió de guía cuando puso mano á su poema divino, inspirándole los versos tiernos y banados de suave melancolía en que nos describe con colores inimitables su encuentro con Francisca de Rímini? El bello sexo se ha visto espuesto á la maledicencia, á la calumnia, al escarnio; se ha visto convertido en juguete de caprichos deshonestos; pero ha sabido triunfar con sus virtudes de todos sus enemigos. Cuando la mujer yace en vergonzosa esclavitud; cuando se la ve degradada y envilecida; cuando no disfruta de todos sus derechos; la sociedad se distingue por su aspecto triste y corrompido; la familia desaparece, y se apagan todas las delicias y el amor santo, que convierten los hogares domésticos en un jardín de flores celestiales.

La filosofía, las letras, las bellas artes se proponen como único objeto dirigir al hombre por el camino del progreso, aclarando su razon, satisfaciendo sus necesidades, presentándole las cosas bajo el aspecto mas útil, y perfeccionando su espíritu con el ejercicio de la virtud, pero bajo la condicion de que la mujer sea su compañera indivisible desde la cuna hasta la tumba. Si nosotros, pues, envilecemos y despreciamos á este ser tan noble y necesario á nuestro bienestar, la filosofía, las letras y las bellas artes se quedarán incompletas en sus aplicaciones, confusa nuestra razon, mal satisfechas nuestras necesidades: todos los objetos tomarán un aspecto triste y monótono, y nuestro espíritu se quedará imperfecto, porque el ejercicio de la virtud tiene sus aplicaciones á ambos sexos. Si los estudios filosóficos no se proponen ennoblecer al hombre, son perjudiciales ó inútiles; pero ¿podrán cooperar á su felicidad despreciando y degradando al bello sexo? ¿quebrantando ó debilitando los lazos tiernos y carinosos, que nos unen con nuestras madres, con nuestras hermanas, con nuestras consortes? Las bellas letras nos enseñan á presentar nuestras ideas con gracia, con elegancia y con aquellos matices muy delicados, que dan á nuestros conceptos un brillante colorido y todo el atavío de una elevada inteligencia; pero ¿no se apagará la llama del genio, no se amortiguarán nuestras ideas, y no tomarán el aspecto de un repugnante sensualismo, si consideramos á las mujeres como un vil instrumento, consagrado á nuestros caprichos? El que envilece al bello sexo, envilece á su propia familia; y el que lo mira sin veneración ni respeto desconoce la delicadeza de los afectos tiernos, que despojan á los hombres de su natural rudeza, como nos lo demuestra la experiencia. Las bellas artes se proponen representarnos en mármol ó en tela los objetos naturales con aquella viveza de expresión que los aproxima mas á la realidad, como lo observamos en la pintura y la escultura; ó se proponen, mediante la modulacion artificiosa de la voz, ó de instrumentos melodiosos, manifestar con armonía encantadora los



afectos del alma, como en la música; ó se proponen espre-sarlos con movimientos simétricos y acompasados, como en el baile, y con especialidad en la mímica. Todas las bellas artes, pues, se apoyan principalmente en la delicadeza, en la dulzura, en la suavidad y en el canto, que son las dotes mas preferentes del bello sexo, y que forman un contraste delicioso, hermanándose con la fuerza y energía que espresa el hombre en todos sus actos. Así es, pues, que una estatua que nos represente á Júpiter sentado en su trono de marfil, cubierto con un manto de oro y que empuña su cetro con mano robusta y frente airada, nos producirá una impresion mas bella si le vemos colocado en medio de la orgullosa Ju-no y de la encantadora Vénus. Las facciones de la primera serán magestuosas y graves, pero las formas propias de su sexo las temperan; y las de la segunda, cuyas miradas suaves inspiran deleite, parecerán dulcificar la cólera del padre de los dioses. La música y el baile necesitan aun mas, para adquirir gracia é importancia, de la delicadeza encantadora tan propia del bello sexo, porque la combinacion de las armonías y la ligereza acompasada de los movimientos exigen mas variedad, y cierto tinte halagüeno y flexible que la naturaleza no ha concedido á los hombres.

Todo lo que llevamos escrito hasta ahora nos demuestra que las mujeres han ocupado en todas las épocas un puesto muy distinguido. Su férvida imaginacion, su natural despejo, su talento y sagacidad, su espíritu penetrante se nos presentan bajo todas las formas, y nos ponen de manifiesto que han influido directamente en la civilizacion del mundo. La poesía las debe su música; la guerra, prodigios de valor; la política, sus mayores progresos; el hogar doméstico, la virtud y la modestia; y el linaje humano, el alivio de sus amarguras, el consuelo de sus pesares y la delicadeza de sus afectos.

Un escritor anónimo, pero muy juicioso y profundo en sus conceptos, nos dice, al hablarnos de las prendas que adornan al bello sexo, que para desmentir á sus calumniadores y tenerlo en merecido aprecio, nos hasta reflexionar en que el nombre de las virtudes mas eminentes, y el que colectivamente las abraza, figuran en todas las lenguas de la Europa moderna con el noble y delicado atavío del género femenino. Luego nos hace una reseña, no tan solo de las muchas virtudes que han dado realce al bello sexo, sino tambien de los buenos resultados y las consecuencias cada vez mas útiles y provechosas, que han producido en beneficio de la humana estirpe; y últimamente nos dice, que las mujeres han sobresalido siempre á los hombres por su mucha piedad y espíritu religioso.

Pues se sabe  
Aunque no se las alabe,  
Ser tantas las excelentes,  
De pasadas y presentes,  
Que no hay lengua que lo acabe  
De contar.  
Cielos, y tierras, y mar  
Están poblados, y llenos  
De hechos santos, y buenos  
Que nos mandan pregonar  
Bien de ellas:  
Casadas, viudas, doncellas,  
Que al mundo con su grandeza  
Adornan de gentileza,  
Como al cielo las estrellas.

Siempre ha habido  
Por el círculo sabido  
De la tierra en derredor,  
Hembras, que con su valor  
Han al mundo esclarecido.

No hay historia  
Do no se haga memoria  
De algun caso señalado  
De mujeres, que han ganado  
Inmortal y digna gloria:

Por lo cual,  
El que para decir mal  
De mujeres tiene boca,  
En él queda, y en él toca,  
La vergüenza principal.

Sin mujeres  
Careciera de placeres  
Este mundo, y de alegría;  
Y fuere como seria  
La feria sin mercaderes:

Desabrida  
Fuera sin ellas la vida,  
Un pueblo de confusion,  
Un cuerpo sin corazon,  
Un alma que anda perdida.

Su consuelo  
Tan cierto, tan sin recelo  
En nuestras adversidades,  
Trabajos y enfermedades  
Tenemos en este suelo.

De ellas mana  
Cuanto bien el hombre gana,  
Y ellas son la gloria de ello,  
La guarda, firmeza y sello  
De nuestra natura humana.

Y en paciencia  
Sufren con gran obediencia  
Nuestras importunidades,  
Forzando sus voluntades  
Por no hacernos resistencia.

No hay señor  
Tan grande ni emperador,  
Que á mujeres no haya sido  
Inclinado y sometido,  
Por gozar de su favor.

SALVADOR COSTANZO

(Se continuará.)

## HISTORIA DE CINCUENTA ROSALES.

### I.

#### UN MISTERIO EN EL CASTILLO.

Jamás hubo en el mundo una mujer mas vana y mas económica, otros decían avara, que Mad. de Quelcadet. En el año de 1854, en el mes de abril, una mañana estaba riñendo esta senora con su jardinero Jael porque vió plantadas en una de las platabandas, un medio centenar de soberbios rosales.

—¡Rosales! vaya un lucido producto ¿Y quién os ha permitido plantar ahí rosales?, ¿de dónde los habeis tomado? ¿En eso se emplea el tiempo y mi dinero?

—Señora, esos rosales no han costado nada, son un regalo.



Un regalo, ¡vaya una ventura! ¿no ves que va á costar mas caro que si los hubieras comprado en el mercado? Una Quelcadet no acepta jamás nada sin devolver el céntuplo. ¿Y de quién es el regalo?

—Anónimo; ni mi mujer ni yo hemos podido adivinar su procedencia.

—¿Estais locos? Cincuenta rosales no caen así llovidos del cielo.

—Los sábios hablan de caidas de aerolitos, respondió Jael con un tono decidido; pero, no recuerdo que jamás haya habido un chubasco de vegetales.

—En fin, sabremos como se han hallado esos rosales, exclamó la marquesa de Quelcadet.

—Pues señora, yo una mañana me encontré estos pobres rosales sobre el suelo, que era una lástima y compasion el verlos y me permití tomar una resolucíon, tanto mas, cuan-



Castillo de Quelcadet.

to ya sabia por tradicion que esta platabanda habia sido siempre de rosales; y ved aquí, señora, como los susodichos rosales se encuentran en este jardín.

Todo esto parecia extraño á Mad. Quelcadet, y Jael no se atrevia á perturbar su meditacion. Decidióse, sin embargo, pareciéndole que debia fijarse la suerte de los rosales.

—Pues que habeis pasado un día en plantarlos, dijo la marquesa, no voy á hacer yo ahora que perdaís otro en arrancarlos. Enviadme mis sobrinas.

Y las reflexiones de la marquesa continuaron su curso.

Preguntábase, no sin temor y sin fastidio, porque era enemiga de toda intriga, si una ú otra de sus sobrinas, ó las dos, no sabrian algo mas de lo que le convendria sobre los rosales.

Sacóla de su meditacion la llegada á la sala baja de la señorita de Quelcadet, la mas jóven de sus dos sobrinas, encantadora muchacha de diez y ocho años, que hubiera podido tomarse por la personificacion de la sonrisa, tan alegre y hermosa era.

Al llegar delante de su tía exclamó:—Tía, estamos en el



país de las encantadoras y siento no haber venido antes, porque veo que basta tener un deseo inocente para verlo realizado.

—¿Aludes á los rosales? preguntó la marquesa estudiando la fisonomía de Camila.

—Pues que para obtener, según tú, dijo la marquesa, basta el desear, te ruego que pidas á tu encantadora que me revele el nombre y las cualidades de la persona que se ha permitido hacerme ese regalo.

—Tía mía, lo deseo con toda mi alma tanto como vos, y en ello he soñado esta noche.

En el acento de Camila era imposible no reconocer su franqueza. La marquesa continuó de mal humor, y dirigiéndose al bastidor de bordar de Camila quiso examinar el trabajo de la joven. Era un alba destinada al señor cura. Camila hubiera deseado esquivar el exámen, empero tuvo que resignarse á él. Hacia tres días que el trabajo no adelantaba ni un punto. La mirada severa de la tía interrogó á su sobrina. Esta, indecisa al pronto, recobró después su aplomo.

—Ayer, tía, respondió triunfante, me habeis llevado á San Brene.

—¿Y antes de ayer?

—¡Ha hecho tan buen día, tía!

—¿No trabajas mas que cuando llueve?

—Tía, estos primeros rayos del sol de abril, os aseguro que tienen seducciones á que me es imposible resistir. Sin saber como, salta la aguja de las manos, brincan los pies, y se encuentra uno en el jardín y pasa con el jardinero revista á los hermosos árboles que se cubren de verdor y á las frescas que empiezan á pintar, y á los pajarillos que trinan.

En vano los grandes árboles de Quelcadet inclinaban sus copas como para mirar en la sala baja y estimular á Camila á la rebelión. Preciso la fué obedecer y ponerse, aunque de mala gana, á bordar mientras su tía recorría unos papeles que había en su velador inmediato.

—He hecho llamar á tu hermana también, dijo la marquesa, y veo que no viene, el diablo del paseo se ha apoderado de vosotras y me voy al jardín á ver si encuentro y sorprendo en él á mi viudita.

Apenas había salido de la estancia la marquesa, cuando por una puertecita de la derecha entraba Valentina de Liubal, otra sobrina de la marquesa, á la que como su hermana hospedaba en la quinta.

—He oído hablar á mi tía de los rosales y he preferido no entrar aquí sino cuando estuviese fuera.

—¿Vas á comenzar á atormentarme? preguntó Valentina á su hermana.

Valentina se sentó. Camila, que al entrar su hermana había dejado el trabajo, se apoyó sobre el respaldo de su silla, y sus rubios bucles vinieron á jugar sobre las negras trenzas de Valentina, lo que formaba un cuadro encantador.

—¿Cómo atormentarte? replicó Camila. Libreme Dios de decirte esta mañana como desde hace ocho días todas las mañanas he oído los pasos discretos de dos hermosos alazanes al otro lado de donde están los lazos para los lobos.

Valentina se levantó; Camila no cambió de postura: únicamente siguió á su hermana con su brillante y maligna mirada.

—¿Alazanes? exclamó Mad. de Liubal: los has mirado.

—Si la echas de hermana mayor y me riñes, me callo, respondió Camila.

—Pero en fin, para saber que son alazanes...

—Pues bien, ha bastado una vareta de la persiana levantada apenas y algunas hojas apartadas por el viento. La casualidad ha entrado por la mitad en el negocio.

Valentina no pudo menos de sonreírse y Camila se apresuró á aprovecharse de esto.

—Eran dos, prosiguió rápidamente. El uno era moreno, y castaño claro el otro.

—¿Pues no decías que alazan? interrumpió Valentina divirtiéndose á su vez á espensas de su hermana.

—Tú sabes de quien hablo, replicó la joven. Los dos de honrado y distinguido porte, continuó, con trajes de caza, grandes botas de cuero y deliciosas gorras. Cuatro lebreles grises elegantes y soberbios, los acompañaban.

—¿Y el viento te ha tenido bastante tiempo apartadas las hojas para que pudieras ver todo eso?

—Sí.

A esta afirmación hecha con el aire mas ingenuo, Valentina meneó la cabeza, se sentó inmediatamente é hizo sentar á su hermana á su lado.

—Querida mía, la dijo con voz afable, hace unos días que tú y yo andamos jugando con un juego peligroso. Dos cazadores toman por objeto de sus paseos matutinos el final del parque de Quelcadet. No es culpa nuestra. Allí se paran delante de los grandes álamos que les ocultan las ventanas de nuestro cuarto, lo que no podríamos impedir. Hasta aquí no hay un gran mal. Asegúrame que desde entonces tú no has sentido mil impaciencias por la absoluta soledad en que vive nuestra tía, en ausencia de nuestro primo, y que es prodigioso que apenas hace ocho días manifestamos deseos de tener rosas á la mañana siguiente los mas bellos rosales de Europa eligiesen su domicilio entre nosotras.

—Cuando se abran los rosales, va á estar magnífico y delicioso el jardín.

—¿Y á quien tendremos que agradecerse? A algun fatuo quizá que se jactará de ello.

—El mal es que no sabemos quien es, observó juiciosamente Camila.

—El misterio, replicó Valentina, da á todo esto una especie de importancia.

—¿Por qué no tratar de penetrar este misterio?

—¿Y cómo, si no vemos ni recibimos á nadie?

—Dando una función. Nuestros culpables no faltarían y los reconoceríamos, y una vez reconocidos, los denunciaré á mi tía que los echará un buen sermón: confesarían la razón secreta que los hacía obrar...

—¿Y á los quince días ó un mes á mas tardar, en la capilla del castillo de Quelcadet se celebran dos matrimonios? ¡Loca! ¿cómo nuestra tía, quieres ni á que título que nos dé una fiesta?

—Si mi proyecto sale bien, ya verás.

—¿Con que tienes un proyecto?

—¡Chist! Ni á tí misma quería hablarte de ello...

Mi tía vuelve, me escapo á elaborar mi proyecto. De aquí á una hora quiero que tú y yo estemos en tren de escribir las esquelas de convite á una gran comida que se dará en el castillo de Quelcadet de mañana en trece días.



## II.

## LA FIESTA SECULAR.

Valentina que se había quedado sola, admiraba la facilidad con que su hermana convertía en realidad todos sus sueños. Al acercarse Mad. Quelcadet y temiendo su ojo perspicaz, trató de largarse, empero ésta la detuvo diciéndola:

—Un instante. En mi tiempo cuando una persona mayor de mi familia, me hacía el honor de desear hablar conmigo, yo me apresuraba á complacerla.

A otros tiempos, otras costumbres segun parece. ¿Sabes lo que quiero hablarte?

Valentina por toda respuesta se puso colorada, y bajó los ojos.

—Sobrina mía, prosiguió Mad. Quelcadet, sino me engaño solo has estado casada seis meses, eres viuda y solo llevas un año de edad á tu hermana, lo que quiere decir que no tienes mas esperiencia ni juicio que ella. No me interrumpas: no por ser viuda puede una hacer lo que la dé la gana, aunque esta es una idea que corre por el mundo. Una muchacha la guardan sus parientes, pero una viuda, es menester que se guarde ella misma.

—Pero tia...

—Ha habido inconsecuencia por tu parte, y grave, en haber autorizado el impertinente regalo de los rosales.

—Os aseguro, tia mía.

—Sé franca y veamos como reparamos eso.

—En verdad, tia, que ni mi hermana ni yo tenemos nada que echarnos en cara. Hace cerca de una semana que todas las mañanas á la misma hora resuenan sobre el camino del lado de nuestro aposento las pisadas de dos caballos. Hace tres dias que, estando hablando de flores con el jardinero, oimos un ruido entre las hojas no lejos de nosotras, y por lo que ha sucedido, supongo que alguno nos escuchaba. Si quereis, podrán ser esos paseantes matutinos, pero yo no sé nada.

Esos paseantes matutinos, serán gadadores?

—Vos lo decís, tia.

—Adoradores que habian encargado á cincuenta rosales de los mas raros que les sirvan de intérpretes con vosotras.

—Vos lo traducís así.

—Me sirvo de vuestro diccionario.

Madama Quelcadet, miró fijamente á su sobrina; empero ésta ni pestaneó.

—Cosa fuerte es que no sepamos á quien deben pagarse estos rosales, porque una Quelcadet, regala si le conviene, pero no recibe regalos jamás sino de muy alto; esa es una tradicion de nuestra familia.

Apenas la marquesa acababa de pronunciar estas palabras, cuando entró Camila con un tomo en folio, en pergamino muy viejo y cubierto de polvo, en la mano.

—Hablais de tradiciones, tia mía, dijo la jóven con el aire mas desembarazado del mundo. Apuesto á que entre las tradiciones de nuestra familia hay algunas de que no os acordais.

—Perderías, respondió inmediatamente la marquesa.

—Colocando los libros en la biblioteca, prosiguió Camila, acabo de descubrir una de que jamás os habeis ocupado y en qué se interesa el honor de los Quelcadets.

—¿El honor de los Quelcadets?

—Cuando digo de los Quelcadets, quiero decir el honor de categoría, de gerarquía, de preeminencia que los Quelcadets han tenido siempre en la provincia, y que los constituía en señores feudales de los barones vecinos.

Y al mismo tiempo alargaba el viejo pergamino, que hacia mas de ochenta años yacía sepultado en su archivo.

—Yo ni tengo tiempo, ni sé leer ese gótico demasiado gótico para mis ojos; tú que lo has leído léeme.

Camila con una prontitud digna de elogio leyó lo que sigue en voz clara, alta é inteligible.

«El 30 de abril de 1754, segun la costumbre constantemente observada desde que se puso la primera piedra de Quelcadet, habiendo mirado todos los Quelcadets siempre la misma costumbre, como una senal de su antigüedad y preponderancia, se ha dado en el castillo de Quelcadet á todos los señores y señoras habitadores de feudos á diez leguas á la redonda, la fiesta secular establecida perpétuamente por Renato María de Quelcadet á su vuelta de Tierra Santa. Prohibimos á nuestros descendientes que falten á esta costumbre durante mil años, y en tanto que quede una piedra sobre piedra en Quelcadet.

»Firmado: RENATO DEL QUELCADET.»

—¡Vaya una broma! exclamó Mad. de Quelcadet tomando el pergamino y examinándolo con desconfianza y atencion, mientras que Camila y Valentina observaban el efecto que en ella producía la noticia.

—Tia mía, dijo entonces Camila como haciendo una repentina observacion; el pergamino tiene la fecha de 30 de abril de 1754, estamos en 17 de abril de 1854, justamente el aniversario en cuestion, cae dentro de trece dias.

—¿Qué es lo que cae dentro de trece dias? replicó la marquesa, ¿de qué me hablais, quién te mandaba ir á revolver esos archivos?

—Lo siento, tia. Comprendo que ignorando esta antigua y señorial costumbre hubieseis podido faltar á ella sin que os la imputaseis á mal, mientras que...

—Imaginarás que voy á someterme á ella, que voy á trastornarlo todo y entregar mi casa al pillaje; mi despensa mis establos, mi corral, mi frutero, mandar esas comidas homéricas, asistir á mis propia ruina. Si esta malhadada costumbre, fuese conocida de alguno de nuestros vecinos ¡cuántas calumnias y murmuraciones no habria sobre mi economía! y yo no estoy en el caso de tirar cuatro mil escudos por la ventana... me ocurre una idea: Jael, el jardinero, sabe todo cuanto concierne en la casa de los Quelcadets; le preguntaremos.

Feliz ó desgraciadamente Jael, llamado é interrogado respondió con aplomo que conocia aquella fiesta secular de los Quelcadets, que habia oído hablar de ella á su padre, que la habia oído de su abuelo, y se estasiaba en hacer soberbias narraciones de ella.

No satisfecha la marquesa se propuso consultar al cura á quien tenia por un sábio anticuario, y sin detenerse marchó á buscarlo; pero el cura se hallaba ausente, por haberlo llamado el obispo de Rennes, y como la vanidad en ella era tanta como su amor á la economía, se resolvió á dar el convite y comenzó desde luego á ocuparse de las invitaciones y disposiciones del festin. Llamó al jardinero para que le recor-



dase los nombres de sus vecinos á ocho ó diez leguas á la redonda y sin tardanza comenzaron su exámen.

—Castillo de Querlouen, ijo del jardinero, Mr. Querlouen, paralizado de ambas piernas: éste no sale jamás de su casa.

—¡Pobre hombre! exclamó la marquesa, con una conmisericordia medio burlona.

—La señora de Querlouen, continuó el jardinero, escribimosla.

Los hijos...

—¿Hay hijos?

—Sí señora, están explorando el Atlas á la cabeza de sus tropas, son militares.

—Proseguid.

—Castillo de Querboland: Mr. Querboland, viudo, la señora de Querboland.

—¿Cómo la señora de Querboland?

—Las esperanzas de los señores de Querboland.

—¡Pero Mad. de Querboland no tenía hijos!

—Hablo de los señores de Querboland sobrinos, cuyas mujeres vienen todos los veranos á casa de su tío.

—¿Desde cuándo comienzan los veranos en abril? Hay gentes que de los doce meses del año, no están tres en su casa.

—Castillo de Plancoet: el señor y la señora...

—Poco á poco, el último de los Plancoet murió en el año 1794, en una batalla naval.



Jael.

—Pero el castillo ha sido comprado por el señor Dubuison.

—Hé aquí un caso que no ha sido previsto, dijo la marquesa, la ocupación de una propiedad noble por gentes plebeyas y del comercio.

—Yo en lugar de la señora marquesa los convidaría, porque probablemente no vendrán, y se tendrán por muy honrados con la invitación.

—Inscribámoslos, continuó.

—Castillo de Sausaya: el señor, la señora, cinco señoritas y su institutriz.

—Ocho personas, dijo la marquesa dando un salto.

—Y todas niñas por casar y deseando presentarlas en todas partes; esas aceptarán.

—Adelante, continuó la marquesa agobiada y volviendo á sentarse.

—Castillo de San Juan: el baron y la baronesa.

Castillo Nuevo: tres jóvenes y el marqués su abuelo.

—¿Con algún preceptor? preguntó la marquesa con profunda amargura.

—No se burle la señora, porque el mas joven de esos señoritos tiene veinte y nueve años, y los he llamado señoritos por no confundirlos con su padre, que actualmente se halla en China.

—Adelante.

—Baronía de Tremadura: la baronesa viuda, sus cuatro hijas, sus maridos y sus niños.



—Los niños se quedan en casa, exclamó indignada la baronesa.

—Baronía de Güimarée: solo el baron.

—¡Qué fortuna!

—Por último la Quesnalia: triste y sombrío castillo de propietarios ó de propietario, del cual nada puedo decir á la señora.

—¿Está inhabitado?

—Perdone la señora, está habitado, descúbrese por la noche detrás de las vidrieras una pálida y errante luz, á veces el pateo de un caballo resuena, y cuatro grandes lebreles grises se ven entrar y salir del castillo; eso es todo cuanto se sabe de los propietarios de Quesnalia.

—Por pobre que esté esa familia al fin es un marqués, se le invitará, ¿y no hay más?

—Nada mas, señora.

La marquesa respiró y encargó al jardinero que sacase los mejores vinos de su bodega, que la vispera hiciese pescar en sus estanques, que matasen pollos, gallinas, pavos, conejos y encargasen pasteles y pastas, y criados para servir la mesa en San Briuc. La marquesa, condenando amargamente la costumbre de las fiestas seculares, llamó á sus sobrinas para encargarles la estension de las esquelas de convite, á cuyo trabajo se prestaron risueñas y con gozo. Iban á ponerse á su tarea cuando un grito de Camila, cuyos ojos se volvían hacia el parque, llamó la atención de la marquesa.



Madama de Quelcadet, Camila y Valentina.

—¿Qué es eso?

—Un extraño pájaro, respondió Camila señalando afuera.

—¡Qué hermoso es!

—Está herido, dijo Valentina.

—Es un faisán, exclamó la marquesa.

Y como sus sobrinas se inclinaban sobre la ventana para examinar el pájaro, un nuevo grito se escapó de los labios de Camila.

—¡Los lebreles! pronunció ésta rápidamente al oído de su hermana.

No había tenido tiempo Valentina de reponerse de aquella revelación ni la marquesa de interrogar directamente á Camila, á quien el jardinero anunciaba tres cazadores que deseaban presentar sus disculpas por la inconveniencia de sus perros que habían perseguido á un faisán herido hasta el parque de Quelcadet.

SEGUNDA SERIE.—1864.

Este número tres pareció tranquilizar á Valentina, empero apenas hubo echado Camila una mirada sobre los dueños de los perros culpables, un gesto hizo desvanecer completamente la seguridad de la joven.

### III.

#### EL GRAN DÍA DE QUELCADET.

Uno de los tres cazadores, el mas joven, Márcos de Quesnalia, saludó profundamente á la marquesa y se encargó de presentar á sus compañeros.

—El señor marqués de la Quesnalia, dijo señalando á un joven de veinte y ocho años y de fisonomía un poco seria. Y despues señalando al otro, le presentó bajo el nombre de Antonio Dubuisson, y el mismo que se había tomado el papel

AÑO XXII. 6